

“PROFESORES/AS UNIVERSITARIOS/AS” Y ESTUDIANTES “DESAPROBADOS/AS”: UNIVERSIDAD, ALTERIDAD Y COLABORACIÓN ETNOGRÁFICA, UNPAZ, 2014

Laura Zapata en colaboración con Grisel Colman
y Adriana Guanuco (UNPAZ)
Contacto: lauramarcelzapata@yahoo.com.ar

El ingreso a la universidad

En marzo del año 2014 me inscribí en un concurso público para la cobertura de los cargos para profesora titular y profesora adjunta de la cátedra Antropología Social y Cultural al que llamaba la Universidad Nacional de José C. Paz, en el distrito del mismo nombre en la zona del Conurbano bonaerense. La materia a la que aspiraba es una de las cinco que conforman el primer año de cursada de la carrera Licenciatura en Trabajo Social. En abril de ese año se sustanciaron los concursos y quedé primera en el orden de mérito, accediendo al cargo; otras personas se presentaron también para los mismos cargos y una de ellas, Patricia Vargas, accedió al de profesora adjunta. A los pocos días de este evento me solicitaron el envío del programa a las autoridades de la carrera de Trabajo Social, la organización del equipo de la materia y la planificación para el comienzo del dictado de la materia en menos de diez días.

Para el dictado de la materia decidí reunir en una sola propuesta didáctica un solo programa, el programa que había presentado al concurso sumándole algunas líneas de trabajo del programa de la profesora adjunta. La materia consistiría entonces en la enseñanza de una selección de algunos tópicos centrales de la disciplina antropológica (naturaleza, cultura, sociedad, organización social y política, familia y parentesco, etnia, raza, racismo y etnocentrismo) junto a los procedimientos metodológicos que permiten una aprehensión etnográfica de los mismos. En lugar de enseñar contenidos abstractos escindidos de los métodos que le permitieron a los practicantes de la antropología su desarrollo, el programa estuvo orientado

a la enseñanza de los procedimientos (el trabajo de campo, la observación, la observación participante, la entrevista y el registro) a través de los cuales se produce una serie de datos, con respecto a un determinado recorte de la realidad, que permiten su organización en torno a categorías analíticas. De “tema” de estudio, la antropología, por medio del enfoque etnográfico adoptado, fue propuesta como un conjunto de prácticas. Ello implicó una decisión difícil de adoptar: eliminé de los contenidos y de la bibliografía toda referencia al contexto sociohistórico y político en el cual fueron forjados los conceptos y los procedimientos metodológicos y etnográficos. En su lugar los trasladé a las presentaciones orales de introducción a cada unidad, con objeto de situar la emergencia histórica de la disciplina.

Concretamente, cada unidad de la materia está atravesada por un eje etnográfico que pone el foco en la metodología antropológica. En el programa del año 2014 cada unidad y el eje etnográfico que la atraviesa cuenta con una bibliografía discriminada. Además de bibliografía teórica, generalmente organizada en torno a manuales de enseñanza (como los de Mirta Lischetti, Ana Rosato y Mauricio Boivin, Paul Bohannan, Mariano Garreta y Cristina Belleli, entre otros), se introdujo la lectura de etnografías íntegras, con el objeto de trabajar en ellas los tópicos de interés teórico junto con los procedimientos que les permitieron a los/as antropólogos/as producir una descripción de un grupo empírico determinado. De esa manera, un conjunto de problemas teóricos es vinculado a diversos procedimientos metodológicos con la finalidad de lograr la comprensión de la forma de existencia de un determinado grupo social: la sociedad huaorani, el voluntariado católico de una parroquia, la organización ética de los obreros de la construcción, entre otros.

Aunque mi aprendizaje de la etnografía como enfoque, como método y como texto había sido eminentemente práctico y guiado por una autoridad en la materia, Rosana Guber, nunca había aplicado un criterio semejante en el dictado de ningún seminario referido a la disciplina. Pero como la profesora adjunta contaba con una *expertise* semejante a la mía, creí que podríamos sostener esta propuesta que fue adquiriendo la forma del “experimento”. Cada clase sería el lugar donde se debería desarrollar un conjunto de operaciones destinadas a descubrir las propiedades del método de enseñanza que el programa ponía en marcha: si los/as estudiantes lograban comprender lo que los/as profesores responsables por cada una de las comisiones intentaba proponerles y ello provocaba un diálogo más o menos razonable, significaría que el experimento podía sostenerse en el tiempo.

A los pocos días de haber ganado el concurso y haber armado el programa que sintetizaba estas “apuestas” pedagógicas y teóricas, el entonces rector de la UNPAZ fue removido de su cargo y el día jueves 10 de abril a las 13 horas nos presentamos a dar nuestra primera clase en la Universidad en un clima de desorientación y desorganización institucional. Nada se sabía sobre quién era responsable de la Universidad. Puesto que la institución no contaba con autoridades regulares (rector/a, secretario/a académicos, decanos/as), designadas a través de mecanismos de elección colegiados como son los “consejeros” que componen el Consejo Superior y Consejo Académico, el clima era por demás desalentador para comenzar el dictado de clases de una materia que, además, proponía una forma heterodoxa de aprendizaje. Se su-

maba a ello que el trámite administrativo de mi propia designación como profesora titular y la de las otras personas que componían la materia dependía precisamente de las autoridades que habían sido removidas de su cargo.

A principios del año 2014 para mí la localidad de José C. Paz era apenas un nombre entre varios otros que componían el llamado Conurbano Bonaerense. Durante el año 2013, fruto de mis intereses de investigación en grupos indígenas urbanos en Buenos Aires, había viajado dos o tres veces a San Miguel en la línea San Martín de trenes para participar de encuentros de jóvenes. Durante los últimos cinco años, entre 2009 y 2014, una parte del año vivía en la Capital Federal y otra en la localidad de Olavarría, provincia de Buenos Aires. Mi conocimiento de la misma Capital era pobre e incluso instrumental, limitándose a una reducida área delimitada por el microcentro, abarcando la zona que va de Retiro a Constitución, y una parte de Palermo y Belgrano. En marzo de 2014, cuando me dirigí a la UNPAZ para presentar mis papeles para la inscripción en el concurso docente viajé por primera vez a esta ciudad. En la casi hora y media que duró mi viaje en tren, sentada en los desvencijados asientos de los vagones de la línea San Martín, que aún no habían remodelada, apretando firme mi cartera y mis papeles, no solo me sorprendí por el número de personas que viajaban apretadas en los pasillos y colgadas de los marcos de las inexistentes puertas de los vagones, sino por la cantidad de vendedores (mujeres y varones adultos pero también niños y niñas entre ocho y doce años) que ofrecían diferentes clases de productos y alimentos. De repente comenzaron a desaparecer los edificios y las calles asfaltadas y aparecieron barrios enteros compuestos por casas con patio, hechas de ladrillo sin revoque y techos de chapas, en algunas de ellas unas pequeñas casitas instaladas en los patios revelaba la ausencia de cloacas en zonas enteras. Este paisaje, no obstante, era cortado por la presencia de casas imponentes, con piletas, rejas, grandes arboledas y autos nuevos en los patios.

A mi bajada en la estación de José C. Paz, el comercio callejero y los puestos de venta de ropa, comida, fruta y verdura, junto a la música que acompañaba los cafés y restaurantes, el tránsito apretado de autos, motos, ómnibus y personas que cargaban bolsas, carteras, bebés y niños pequeños por veredas angostas, me reveló que me encontraba en un lugar totalmente diferente de los que había conocido durante los treinta años que llevaba viviendo en la Argentina. Aquí había algo desconocido para mí. No obstante, algo de este entorno –menos disciplinado que las calles de la Capital– y del aspecto y actitud de las personas que lo componían, me hacía recordar algo muy familiar: en algunas calles de Concepción, mi ciudad natal en Chile, la gente solía aglomerarse para comprarle a los vendedores ambulantes ropa y verduras, y también para comer rápido un sándwich sobre un mesón improvisado en una vereda mientras esperaba que pasara “la micro” (ómnibus).

Las universidades en las que me había desempeñado como estudiante, y más tarde como profesora (en Comodoro Rivadavia, Mar del Plata y Olavarría), se ubicaban en zonas muy diferentes a aquella en la que me encontraba aquel día que viajé a José C. Paz: ¿Acaso la población que frecuentaba la UNPAZ iba a resultarme “extraña” al mismo tiempo que “familiar”?

Me ayudó a zanjar esta sensación de extrañeza y familiaridad un recuerdo vago: hacía tiempo había escuchado hablar de la creación reciente de nuevas universidades en la Argentina, especialmente en el Conurbano bonaerense, como las de Florencio Varela, Moreno y Avellaneda, donde, incluso, algunas colegas eran profesoras. También había leído una que otra nota periódica que para referirse a estas universidades señalaba a su población estudiantil recurriendo a la categoría “Primera Generación de Estudiantes Universitarios” (en adelante PRIGEU). Algo había en esa noción que movilizaba al reconocimiento de un valor positivo; que justificaba una distinción, vía ponderación de un “esfuerzo extraordinario”, de la población estudiantil.

Pese a que la UNPAZ había sido creada en el año 2009, cuando en 2014 entré por primera vez a su edificio y tomé trato con el personal no docente y los procesos administrativos que estos emprendían con respecto a mi inscripción al concurso docente reparé en el hecho de que se trataba de una Universidad que se estaba construyendo desde sus cimientos. Todo se estaba haciendo allí desde sus cimientos. Inmediatamente me simpatizó la idea de ser parte de tamaño esfuerzo.

Fueron estos múltiples motivos los que me impulsaron el primer día de clases –sin autoridades a las cuales apelar ante algún inconveniente y sin contar siquiera con una designación que me habilitara a hablar formalmente como la profesora titular de la materia– a presentarme ante los/as estudiantes y comenzar el dictado de Antropología Social y Cultural para quienes, con un “esfuerzo extraordinario”, como PRIGEU, comenzaban a cursar el primer año en la carrera de Trabajo Social. “Extraordinario” debía ser entonces el esfuerzo docente por montar el dictado de una materia en aquellas condiciones.

El encuentro con los/as estudiantes

Ese año 2014 estaban habilitadas para cursar la materia 211 personas. Las autoridades de la carrera dividieron a los inscriptos en cuatro comisiones de trabajo. Los jueves por la tarde la primera comisión con 33 inscriptos/as; ese mismo día por la noche dos comisiones con un total de 116 alumnos/as; y los viernes, con 62 alumnos/as. Los jueves por la noche se reunió a las dos comisiones en una sola aula para el trabajo conjunto. Después de trece semanas de clases y dos evaluaciones parciales, cada una instancia de recuperación, aprobaron, en condición de regulares y promocionales, un total de 60 personas. Los tres profesores que componíamos el equipo asistimos a la primera clase de todas las comisiones de trabajo. La consigna que llevamos fue presentarnos y hacer que cada estudiante se presentara a sí mismo respondiendo a algunas preguntas tales como: nombre, apellido, origen, lugar de residencia, actividad laboral, con quién vive, pasatiempo, participación en alguna organización y por qué estudia Trabajo Social. Para organizar su exposición les pedimos que escribieran en un papel sus respuestas y luego de compartirlas con el grupo nos las entregaran. Dispusimos para ello las mesas en círculo, cuando el lugar lo admitía, para facilitar que todos/as pudieran ver a todo/as mientras se presentaban. En la presente ponencia proponemos hacer foco en la experiencia de los/as estudiantes de esta comisión.

En nuestros archivos no pudimos retener más que los "papelitos" que entregaron los/as estudiantes de la comisión de los jueves a la noche. Además de los tres reconocidos y autoidentificados como "profesores/as", 65 personas identificadas por nosotros/as como "estudiantes" se presentaron ese día. Un tercio de ellas eran mujeres (53); un cuarto, varones (12). La gran mayoría señaló haber nacido y/o residir en el área de influencia de José C. Paz (Grand Bourg, Derqui, San Fernando, Garín, Polvorines, Tigre, Tortuguitas, Del Viso, etc.). Once personas señalaron que provenían de otras provincias de la Argentina (Tucumán, Santiago del Estero, Misiones, Corrientes, Chaco) y de otros países (Brasil, Colombia, Paraguay). Pero, al mismo tiempo, nos llamó la atención que cuatro señalaron haber nacido en Argentina o ser "argentinos" sin identificar un lugar específico de origen. Cuando trabajemos sobre los tópicos elegidos para resolver la primera evaluación parcial de la materia, la nacionalidad de los/as estudiantes volverá a aparecer de manera significativa nuevamente.

La mayoría de los/as estudiantes que tuvimos ese año en la comisión de la noche trabajaba. El 40% (casi 30 personas) declaró empleos formales, como operarios de fábricas y talleres y como empleados de la administración pública o privada, comercio, gastronomía. El 20% señaló al trabajo doméstico ("trabajo en casa de familia", "soy empleada doméstica", "cuido chicos") como su principal actividad laboral. Ocho personas dijeron no trabajar; dos se reconocieron como "amas de casa" y seis personas señalaron estar "desocupadas".

En su gran mayoría los/as estudiantes se reconocieron como jefes de familia. Cuando respondieron con quiénes vivían, 26 personas dijeron vivir con sus "esposos/as" e "hijos/as", reconociendo unidades familiares nucleares como pauta organizativa. Pero otra parte, doce personas, señalaron vivir no solo con sus hijos/as sino también con sus padres, madres, hermanos/as, abuelos/as, sobrinos/as, primos/as, además de sus hijos/as, siguiendo la pauta de las familias extensas. Sólo un cuarto de los/as estudiantes señaló vivir con sus "padres y hermanos/as" exclusivamente. Ello nos hace pensar que se trata de alumnos/as que no necesariamente contribuyen con ingresos para el sostén del hogar. Aunque la mayoría manifestó residir junto a un grupo doméstico, una parte pequeña señaló vivir "solo/a" (nueve personas).

La gran mayoría de los/as estudiantes (46 personas) no manifestó participar de ninguna institución. De quienes contestaron este ítem once señalaron una institución religiosa (evangélica o católica), cinco se vincularon a agrupaciones políticas, dos se vincularon a una cooperativa y sociedad de fomento, y una de ellas dijo tener un "merendero en su casa".

La explicitación de las razones por las cuales eligieron Trabajo Social como carrera tampoco concitó la atención, al menos en los papeles que entregaron a los/as profesores/as. De las cuatro personas que respondieron dos de ellas tuvieron experiencias directas de contacto con situaciones que demandaron la intervención de un/a profesional del área; las otras dos señalaron que buscaban capacitarse para mejorar el trabajo de ayuda social que realizaban.

La pregunta por la alteridad

Entre abril y mayo de ese año 2014, implementamos el señalado programa durante unas cinco clases, que tenían por duración cuatro horas dispuestas en un solo día de trabajo, intentando enseñar la antropología e incitando a la puesta en práctica de la misma por parte de los/as estudiantes: leyendo etnografías y preparándose para resolver las consignas de la evaluación parcial que les entregamos con anterioridad. Las consignas señalaban la necesidad de elegir del propio entorno barrial de los/as estudiantes algo (una persona, un grupo, una institución) que les pareciera que podía ilustrar el concepto antropológico de “alteridad”; buscar aproximarse a ese grupo o persona usando los procedimientos antropológicos; vincular la forma en la que el grupo se presenta a sí mismo con conceptos vistos en la materia y elaborar un informe escrito al respecto. Como los/as estudiantes manifestaban una onda desorientación respecto de las consignas buscamos sintetizar y simplificar lo que les solicitábamos señalándoles “tienen que buscar algo *raro*, *extraño* y trabajar con eso”. De manera sucesiva, aproximándonos a la fecha de entrega del trabajo y su evaluación oral y escrita, íbamos preguntándoles, a sabiendas de los riesgos de esencialización en los que incurriamos: “¿cómo van con su *raro*?”. Gran parte de los/as estudiantes respondían con mucha inseguridad a nuestras preguntas. Aunque el trabajo fue domiciliario, muchos de ellos fueron desaprobados por diversos motivos: error en la interpretación de las consignas o su total desconsideración para la presentación del ejercicio, poca claridad en la redacción de las ideas, falta de uso de la bibliografía vista en clases, etc. Al escucharlos presentar oralmente sus ejercicios y al leer sus informes, esa sensación de extrañeza y familiaridad que había sentido muy íntimamente cuando conocí José C. Paz y la propia Universidad volvió a manifestarse, ahora bajo la forma de la perplejidad conceptual: no entendía a partir de qué instrumentos propios (ideas o nociones vinculados a la universidad, a la carrera, a las ciencias sociales, entre otros tópicos) los/as estudiantes habían interpretado las consignas que les habíamos dado.

Sabiendo que estaba produciéndose un encuentro con lo “extraño”, que necesariamente debía remitir a una clase particular de familiaridad que era dada por obvia por parte mía como profesora, decidí guardar los materiales de trabajo que los estudiantes presentaron en la primera y segunda evaluación parcial de ese año; tomé especial cuidado, incluso, en destacar entre ellos aquellos que me habían resultado más ininteligibles; en algún momento, pensé, iban a serme de utilidad para comprender, no solo instrumental sino antropológicamente, dónde y con quiénes me encontraba y qué era lo que estas personas entendían de cuanto intentábamos decir/enseñar/transmitir/provocar en la materia. Reservé un espacio cognitivo para almacenar la perplejidad que me causaron varios de los ejercicios que realizaron los/as estudiantes.

Esta reserva precisa ser explicada con mayor detenimiento. Los “parciales” deben ser tomados aquí como objetos culturales socialmente producidos al interior de una relación social compleja, constituida de al menos dos posiciones vinculadas de manera jerárquica: “profesor/a” y “estudiante” que se encuentran en un espacio-tiempo específico denominado generalmente “clase”. Los parciales que más llamaron mi atención fueron aquellos que recibieron como

nota 1, 2 y 3; es decir, aquellos que fueron desaprobados. "Desaprobado" como categoría de clasificación de la producción textual y simbólica de una persona, un/a "estudiante", sugiere la descalificación de las competencias evidenciadas en un trabajo por al menos dos motivos: por mostrar insuficiencia en el dominio de las destrezas sujetas a evaluación o por evidenciar una falta de adecuación a la comprensión de la existencia y naturaleza de esas destrezas.

Me interesa destacar especialmente el segundo aspecto de la palabra "desaprobado". Muchos de los/as estudiantes en sus producciones manifestaron, según mi criterio, una comprensión específica de los conceptos y de las consignas que constituían el "parcial", según este era significado por los/as profesores/as. Una parte de la evaluación de la producción oral y escrita de los/as estudiantes, sobre todo en los casos en que los mismos eran desaprobados/as, revelaba una distancia o "diferencia" entre la forma en que las consignas eran interpretadas por los/as profesores y la manera en la que los/as estudiantes las consideraban y organizaban sus prácticas y producciones textuales en función de ello. "Desaprobado", bajo el signo de la lógica de la evaluación pedagógica, es la categoría que clasifica lo inadecuado, lo impertinente, lo diferente, la alteridad en el ámbito de la formación académica en la educación superior. Deconstruir esta noción, estableciendo las condiciones en las cuales ella emerge y se torna legítima, para interrogar la clase de conocimiento y procedimientos (prácticas) que los/as estudiantes social y culturalmente producen al interior de la relación pedagógica que mantienen en el "aula" con los/as "profesores de la universidad" es el objetivo de este trabajo de investigación.

Para realizar este trabajo contamos con unos ciento cincuenta "parciales", contando con la primera y la segunda evaluación parcial administradas durante el ciclo lectivo del año 2014. Para analizarlos es preciso desarrollar un dispositivo metodológico de gran complejidad, comprometiéndose en ello la autoobjetivación como "profesores/as" y las prácticas, saberes y jerarquías comprometidas en esta noción. La indagación de la producción textual de los/as estudiantes que admita una interrogación por la positividad en ella comprometida nos lleva a formular ante cada parcial algunos interrogantes reflexivos tales como:

- ¿Qué hacen los/as estudiantes cuando escriben su evaluación parcial?
- ¿Qué rasgos empíricos asume la alteridad para ellos/as? ¿Qué relaciones de proximidad y distanciamiento revelan en sus escritos con respecto a los grupos seleccionados como ejemplos de alteridad?
- ¿Qué procedimientos usan para dar cuenta de ello?
- ¿Qué recurrencias gramaticales y deícticas manifiestan en la transfiguración escrita de la alteridad?
- ¿Quién es su interlocutor/a en la evaluación parcial? ¿Qué rasgos le asocian a ese/a interlocutor/a?

La investigación en colaboración y la reemergencia de la alteridad

A partir de algunas indagaciones actuales que hemos iniciado entre los/as estudiantes de aquel año, algunos/as de ellos/as, cursantes del tercer año de la carrera Trabajo Social, hemos podido dialogar sobre las experiencias y significados cifrados por ellos/as en las categorías “parciales”, “finales”, “universidad”, entre otras. Para realizar esta tarea de aproximación hemos procedido a dos recursos diferentes: la entrevista no directiva y el trabajo en grupos de investigación en colaboración con estudiantes en proceso de formación como investigadores/as interesados en objetivar su propia experiencia como estudiantes de la UNPAZ.

Ha sido enormemente significativo el hecho de que cuando los hemos interrogado por la cuestión más extraña y rara que les haya sucedido en la Universidad, hayan elegido situaciones en las que ilustran comportamientos, actitudes y principios de distinción jerárquica del conglomerado que reconocen como “profesores/as”. Aparece aquí un contraste conceptual que merita nuestra atención. Por un lado, el examen minucioso de las evaluaciones parciales permite advertir una clase de “alteridad” más o menos previsible en el entorno regional de José C. Paz: “los bolivianos”, “los evangélicos”, “los umbanda”, “los barrios de paraguayos”, “la vecina paraguaya”, “club del barrio”, etc. Pero, por otro lado, a través de diálogos más profundos y sistemáticos la forma de alteridad más radical, la que mayor inquietud conceptual y simbólica produce en ellos/as, es la situación de “clase” y dentro de ella somos los/as profesores/as. Este hallazgo ha sido fruto de la implementación de métodos y técnicas de investigación en colaboración que hemos venido implementando en las sesiones de trabajo del grupo de investigación, en los que tienen lugar instancias de lectura, reflexión y escritura en base a consignas construidas de manera más o menos colectiva.

Los propios/as estudiantes en formación dentro de este proyecto han manifestado lo que hacen en este espacio de formación y la clase de objeto que vamos produciendo. Las autoras del siguiente apartado son las estudiantes Adriana Guanuco y Gricel Colman:

¿Qué hacemos en el proyecto etnia y clase social en la PRIGEU?

Este proyecto pregunta, define, caracteriza y/o analiza algo que está presente en nosotros casi a diario. La Universidad. Es más que una estructura, más que un edificio. Es un ámbito donde convergen ideas, personas, vidas, es donde generamos conocimientos. Con este proyecto nos proponemos analizar etnográficamente determinados conceptos, que sin darnos cuenta son necesarios y afectan directamente sobre cada actor que esta Universidad reúne. Surgen palabras como aula, parcial, profesor, términos simples a primera vista pero que esconden un gran significado.

La misma palabra lo dice: universidad. Universo. Este es nuestro universo y proponemos que lo conozcan, que lo aprehendan y comprendan.

Dicho proyecto tiene tres ejes a indagar:

Construir el sentido de la "Universidad" desde una perspectiva de los/as estudiantes. Intentamos comprender "el modo" en que los/as estudiantes no familiarizados con el mundo universitario "aprenden a aprender" en situaciones específicas de la vida cotidiana universitaria y se apropian significativamente, a través de interacciones, de formas y contenidos académicos propuesto en la clase de Antropología Social y Cultural.

Como estudiante de la Universidad Nacional de José C. Paz, que participa del proyecto: "Clase social y etnicidad en la primera generación de estudiantes universitarios en la UNPAZ", considero que este es un espacio en el cual a través de la escritura los estudiantes podemos transmitir las experiencias áulicas; por medio de la etnografía, se podrán describir diferentes escenarios del mundo académico. Un mundo imaginario, emocional, donde la tensión entre docente-estudiante construye estereotipos de actores.

Espacios donde las voces acalladas, por diferentes motivos, permiten tomar vida y poder expresar eso que se le oprime, reprime y silencia en los momentos áulicos.

Una cuestión más amerita una última reflexión, ninguno/a de los/as estudiantes del año 2014 se reconoció o usó la categoría PRIGEU para autopresentarse.

Este es el estado de avance de nuestra investigación dentro del proyecto oportunamente presentado. La misma se ha nutrido del trabajo serio, responsable y comprometido que han desarrollado los/as estudiantes Lisandro Rumbo, Gricel Colman, Virginia Dorman y Adriana Guanuco.